

gobierno oponga á estos deplorables éscesos todo el rigor de las leyes.

“La seguridad de las personas ha sido atacada violentamente; se ha amenazado la propiedad en su principio; la libertad de la industria se ha visto amenazada de muerte; no se ha escuchado á los magistrados: es preciso que estos desórdenes cesen prontamente, es preciso que se repriman energicamente estos atentados: la Francia entera está herida con este golpe dirigido á los derechos de todos en las personas de algunos ciudadanos á los que se les debe protección. Las medidas tomadas por el gobierno de V. M. nos hacen confiar en que la vuelta del orden no se hará esperar mucho; la firme union de los guardias nacionales y de las tropas de línea tranquiliza á todos los buenos ciudadanos. V. M. puede contar con la armonía de los poderes. Nos consideramos dichosos, Sire, al ofreceros en nombre de la Francia, sus diputados que coadyuvaron para restablecer la paz en cualquier parte donde se halle turbada, reprimir los gérmes de anarquía, afirmar los sanos principios sobre los que descansa la existencia misma de la nacion, sostener la obra gloriosa de la revolucion de Julio y asegurar por todas partes la fuerza y la justicia á la ley.”

La cámara de los pares dirigió un discurso casi semejante; y apoyado en la armonía de los dos poderes, Luis Felipe entró con valor en el año de 1832, que le traía la guerra de la Vendée y la insurreccion de Junio.

CAPÍTULO II.

Lo hemos dicho, el negocio que mas preocupaba á Luis Felipe en esa época, era el de la lista civil.

Desde el tiempo de M. Laffitte habia presentado á la comision una nota que trataba de hacer llegar esta lista civil á diez y ocho millones; pero la comision se asustó tanto con esta cifra, que convino que, para paralizar el mal efecto que habia producido, el rey escribiera al banquero-ministro una carta confidencial en la que achacaria esta exorbitante pretension al cuidado de cortesanos solícitos, que habian traspasado los deseos del rey.

La carta *confidencial* fué *confidencialmente* enseñada á la comision, y el mal efecto producido por la peticion se borró con esta comunicacion.

Pero ya dada la ley sobre la dignidad de par, pero ya comprimido Lyon, pero ya Luis Felipe declarado bien y debidamente rey de la clase media, mirado como necesario á la salud del Estado, y á la tranquilidad de la Francia, no titubeó en pedir los diez y ocho millones que se le habian escapado la primera vez.

Luis Felipe pedia treinta y siete veces mas de lo que habia pedido Bonaparte, primer cónsul, despues de sus dos magníficas campañas de Italia y su campaña de Egipto; y

ciento cuarenta y ocho veces mas que lo que toca al presidente de los Estados-Unidos.

Escogió tan mal tiempo que el 1.º de Enero de 1832, la sociedad de Beneficencia del duodécimo departamento publicaba la siguiente circular:

“Veinte y cuatro mil personas inscritas en los registros del duodécimo departamento de París, carecen de pan y vestidos. Muchas piden algunos hazes de paja para acostarse”

Veamos cuáles eran ciertas necesidades de la corte del Palacio Real, mientras cinco ó seis mil desgraciados del duodécimo departamento solo solicitaban de la conmiseracion pública: *algunos hazes de paja para acostarse.*

El rey pedia ochenta mil francos para los remedios necesarios á su salud.

El rey pedia para su servicio personal tres millones setecientos setenta y tres mil quinientos francos.

El rey pedia un millon doscientos mil francos para calentar los hornillos subterráneos de su cocina.

Se convendrá en que eran muchos remedios, para un rey cuya buena salud era proverbial.

Era un gran lujo personal para un rey que no tenia ni gran caballerizo, ni montero mayor, ni gran maestre de ceremonias, ni pajes, sino una pequeña corte, mitad paisana, mitad militar.

En fin, se daba mucha leña y carbon á un rey que poseia, sea como propiedad paterna, sea como infantazgo, las selvas mas hermosas del Estado.

Es cierto que se calculó que la venta de leña que hacia anualmente el rey, y que bastaba para calentar un décimo de la Francia, no bastaba para calentar los hornillos subterráneos del Palacio Real.

Se calculó otra cosa.

Se calculó que diez y ocho millones de lista civil, eran:

La quinta parte de los gastos de la Francia;

Lo que produce la contribucion de los tres departamentos mas poblados de Francia, el departamento del Sena, del Sena inferior y del Norte,

Lo que pagan al Estado por el impuesto sobre tierras otros diez y ocho departamentos;

Cuatro veces mas de lo que echan en los cofres del Estado le Calaisis, Boulonnais y l'Artois, con sus seiscientos cuarenta mil habitantes por todas las contribuciones de un año;

Tres veces mas de lo que deja el impuesto sobre la sal;

Dos veces mas que el lucro que saca el ministerio en la lotería;

La mitad de lo que se asigna para la conservacion de nuestros puentes, nuestros caminos, nuestros puertos y nuestros canales, conservacion que da trabajo á mas de cincuenta mil hombres;

Nueve veces mas que todos los gastos de instruccion pública, con todos sus fomentos, sub-venciones colegiales y sus dotes reales;

Doble del gasto del ministro de negocios extranjeros, que paga á treinta embajadores y ministros plenipotenciarios, cincuenta secretarios de embajada y de legacion, ciento cincuenta cónsules generales, cónsules, vice-cónsules, dragomanes y agentes consulares, noventa gefes de division, gefes de gabinete, sub-gefes, empleados, oficiales de secretarios, traductores, gentes de servicio, &c.

El sueldo de un ejército de cincuenta mil hombres, con oficiales de todos grados, sargentos, cabos y soldados;

Un tercio mas de lo que cuesta el personal de toda la administracion de justicia:

En fin, una suma capaz de dar trabajo á sesenta y un seiscientos cuarenta y tres labradores.

M. Cormenin fué quien, bajo el nombre de Simon el Misántropo, hizo todos estos cálculos que no dejaron de dar

en qué pensar á la clase media, por entusiasmada que estuviese con su rey.

Después, como si todos los desgraciados debiesen enfurecerse con esta lista civil de diez y ocho millones. he aquí á M. de Montalivet encargado de buscar buenas razones para hacerla aceptar y á quien le ocurre decir en plena cámara:

“Si se destierra el lujo del palacio del rey, muy pronto se desterrará de las casas *de los súbditos*.”

A esta palabra escuchóse una esplosion rápida é inmensa.

“Los hombres que hacen á los reyes, no son los súbditos de los reyes, exclamó M. Marchal: ya no hay súbditos en Francia.”

“Ya no hay súbditos! exclamó también M. Lclerc Lasalle.”
—*Al orden! Al orden!*

“No comprendo el valor de la interrupcion,”—gritó M. de Montalivet.

“No hay mas que ciudadanos en Francia.”—replicó M. de Ludre.

“Si se destierra el lujo del palacio del rey, muy pronto se desterrará de las casas *de sus súbditos*, repitió M. de Montalivet.

“Esto es un insulto hecho á la cámara, exclamó M. de Laboissiere”—y de todos lados, se llama *al orden*, y el presidente no pudiendo mantenerlo agitando su campana, se cubre y se vé precisado á levantar la sesion.

Esto era mas grave de lo que parecia á primera vista: eran atentados contra esa parte de pueblo llamado plebe, que habia hecho á Luis Felipe rey de Francia.

El mismo dia, bajo la presidencia de M. Barrot, ciento sesenta y siete miembros firmaron una protesta contra la palabra *súbdito*.

La comision adepto las bases del pedido del rey, reduciendo la cifra á catorce millones.

Hasta entonces se habia cubierto la lista civil á razon de diez y ocho millones. Los sueldos vencidos fueron pagados.

Se asignó una viudedad á la reina, y se señaló un millon anual al duque de Orleans.

Pero este triunfo tenia su lado humillante: los debates de la cámara acerca de la palabra *súbdito*, las cartas de M. Cormenin; la acre censura de M. Dupont (de l'Eure), el escándalo que causó la pretension, las burlas de los periódicos republicanos, todo esto, en fin, habia reemplazado á aquella frase del antiguo esclavo, que exclamaba detras de los triunfantes emperadores:

—Cesar! acuérdate que eres mortal!

El porvenir de 1832 apareció sombrío y tormentoso: los herederos del príncipe de Condé formaban un proceso, proceso terrible en el que todas las cuestiones juzgadas ya por la justicia y por la ciencia, se volvian á agitar de nuevo cruelmente; proceso en el que el nombre respetable de la reina se encontraba unido al mas que impopular de madama de Feucheres. Ganaron por fin madama de Feucheres y la corte, ¡pero qué triste alegría la que procede de semejante victoria!

Ademas, á cada momento, formábanse nuevas conspiraciones.

La conspiracion misteriosa de las torres de Nuestra Señora y la de Considere; la conspiracion realista de la calle de Prouvaires y la de Poncelet.

Aun habia mas: *la Tribuna*, reproduciendo las cartas que dirigió Luis Felipe á la junta española, y reimprimiendo su proclama de Tarragona, probaba que si el rey no habia servido contra la Francia no habia sido por falta de buena voluntad.

Todavía mas: en la nueva edicion del Diario del jóven, ya rey, al hablar del buen manejo que con él tuvo M. Collot

d'Herbois, se manifestaba que habia escrito en el periódico de Marat, el *Amigo del pueblo*.

Y por último, en una carta de Carrel, que podia haberse firmado lo mismo con los nombres de Thraseas ó de Cocceius Nerva, se indicaba todo su antiguo heroismo.

A propósito de los arrestos ilegales de algunos periodistas:

“Con un régimen semejante, decia el ilustre publicista, jamas diremos que hay libertad de imprenta, y combatiremos contra una usurpacion tan monstruosa. Es preciso que ese ministerio sepa que un hombre de valor, contando con la ley, puede jugar su vida, no solo contra las de siete ú ocho ministros, sino hasta contra todos los intereses grandes ó pequeños que se hayan unido imprudentemente al destino de tal ministerio. Muy poco vale la vida de un hombre asesinado furtivamente en la esquina de una calle, en medio del desorden de un motin; pero valdria mucho la vida de un hombre de honor que se resistiese en nombre de la ley, sacrificado en su casa por los esbirros de M. Perier: su sangre clamaria venganza. Atrévase el ministerio á aceptar este reto, y quizás no ganará la partida: el arresto bajo el pretesto de delito *infraganti*, no puede verificarse legalmente con los escritos de la prensa periódica; y todo escritor que esté penetrado de su dignidad de ciudadano, opondrá la ley á la ilegalidad y la fuerza á la fuerza. Este es un deber que le cumplirá quien pueda,

Armando Carrel.”

Este era uno de esos duelos gigantescos que tanto halagaban la heroica imaginacion del ilustre escritor; pero en vano tocó con la punta de su pluma y de su espada en el escudo del ministerio: este no aceptó el desafio.

En medio de estos acontecimientos, cundió una noticia que preocupó infinito á todos los espíritus generosos.

El comandante Gallois, con un rápido y atrevido golpe de mano, acababa de apoderarse de Ancona, y la bandera tricolor se veia reflejar en las aguas del Adriático.

Pero poco á poco, reducida la noticia á sus verdaderas proporciones, habia despojado al comandante Gallois de esa aureola de audacia bastante incomprendible comparada con la marcha tímida que seguia hacia dos años. Debió, para obrar, haber esperado el permiso del Santo Padre, pero no lo hizo así, y aquel se habia puesto furioso. El cardenal Bermetti llegó á esclamar:

—No, despues de los Sarracenos, no se habia cometido un atentado semejante contra un papa.

La carta que sigue, escrita por el comandante Gallois á su hermano el coronel Gallois, circulaba en el partido republicano, y volvia á colocar al gobierno en ese justo medio, que no habia tenido nunca intencion de abandonar.

“Mi querido Augusto:

“Mientras que tu me crees en Tolon, yo te escribo desde Ancona adonde acabo de conducir, en catorce dias, una division de dos fragatas y un navío de noventa cañones, trasportando al 66 regimiento de línea. Tenia orden de aguardar aquí á un delegado de M. de Saint-Aulaire, embajador de Francia en Roma; pero no llegando el tal enviado, juzgué conveniente desembarcar sin su permiso, lo que verifiqué en la noche escalando las murallas y rompiendo una de las puertas de la marina. Magnífico era ver á tu hermano, á las tres de la mañana, dirigirse con una compañía de granaderos, á despertar en su lecho al delegado del papa, suplicándole perdonase la *gran libertad* que se tomaba y que pareció incomodarse mas por haber interrumpido su sueño que por la toma de la ciudad. El desarmar á todos los guardias no costó trabajo alguno: se hizo sin resistencia y no se llegó á quemar ni una ceba. De la fortaleza nos apodera-

mos por capitulación. El secreto se guardó tan bien, que estábamos á cinco leguas de Ancona sin que nadie supiera adonde nos hallábamos, ni aun el mismo coronel del 66, que pretendió mas tarde aparecer como gefe de la expedición, aunque me dirigia sus notas rotuladas: *Al comandante de las fuerzas francesas*. Este juego de amor propio por poco nos cuesta cortarnos el pescuezo; pero el general Cubieres que llegó al fin de Roma para hacerse cargo del mando superior, nos ha medio compuesto.

“Aun no recibo noticias de Francia. He escrito por la estafeta á M. Bertin de Vaux (hijo) que está al lado de M. Sebastiani, remitiéndole un despacho telegráfico que debe transmitir á Paris por el telégrafo de Lyon. Espero que el gobierno me agradecerá haberle proporcionado la iniciativa sin responsabilidad alguna, porque puede desaprobar ó aprobar mi triunfo y sus consecuencias.

“Los habitantes de toda la Romanía nos quieren mucho y desean que se enmiende un poco el gobierno papal: ya es tiempo de que estos infelices pueblos respiren con un poco de libertad, porque hasta el dia han estado oprimidos brutalmente.

“Te creo ya curado de tus honrosas heridas, querido amigo, y espero tener la satisfacción de saber que estás ya en Francia, si no puedo gozar de la de abrazarte.

“Tu amante hermano,

“GALLOIS,

“comandante de la division naval de Ancona.”

Todo el honor de esta expedición recayó en el capitán Gallois, y en el coronel Combe, que, poco despues, debia hallar una muerte gloriosa bajo los muros de Constantina.

CAPÍTULO III.

MIENTRAS que aquellos oficiales cumplian esas misiones hermosas en las que la muerte parece tan dulce por el prestigio que rodea siempre á la victoria, Casimiro Perier se enflaquecia sangrándole el corazón, en el escabroso lecho del poder.

¡Oh Dante Alighieri, inventor de horribles suplicios! ¿Hay alguno peor en tu sublime poema, que el que pinta esta página arrancada de la obra de Luis Blanc?

“Los continuos ataques—dice—que le atraian hasta aquellas medidas de las que esperaba mejor resultado, habian puesto á Casimiro Perier en un estado tal de exasperación que hacia les mirasen las personas allegadas como un objeto de compasión ó de terror. Tan pronto abatido arrastrándose apenas, tan pronto exaltado hasta el delirio, parecia no vivir sino para el odio: nada habia podido apagar su sed de despotismo, ni la humildad de sus cólegas á los que manejaba con una señal, ni su imperio en la cámara en la que solo su voz calmaba ó irritaba las pasiones á su antojo, ni la reprimida insolencia de los cortesanos, ni aun las miradas del mismo rey, obligado á sufrir en silencio sus injurias. Martir de su orgullo, presentaba á menudo Perier espectá-